

intimidad, durante su estancia en París, con este comandante general; vió en casa de Santerre á los agitadores de la municipalidad, y hasta á los hombres de Setiembre; se esforzó por seducir á Panis, cuñado de Santerre y amigo de Robespierre, é hizo que el primero insinuase á éste que á él sólo le tocaba salvar al rey.

IV

Robespierre, que ya veía en Dumouriez otro Lafayette que proscribir, rehusó toda relacion con él; no quería otra dictadura que la de la opinion, pues detestaba la espada, y esperaba que la gloria de Jemmapes, que alucinaba á Francia en aquel momento, se hubiese disipado para denunciar como conspirador al general victorioso. Dumouriez representó el papel de republicano con los jacobinos; pero se convenció cada vez más de que éstos tenían una fuerza de explosion que ninguna política alcanzaba á dirigir ni á contener. Resolvió fingir sus opiniones hasta que hubiese recibido de ellos mismos la fuerza de dominarlos. Estas relaciones íntimas entre los jacobinos y él hicieron á Pache y al Consejo ejecutivo más dóciles á los planes que fraguaba para la conquista de Holanda. Su popularidad, con el nuevo temple que adquirió en casa de Santerre, en la de Panis, de Desfieux, en los Jacobinos y en la Convencion, le dió audacia para hablar como árbitro de la guerra, y fué obedecido en los comités de aquélla lo mismo que el gabinete de Pache. Sólo Marat se atrevía á injuriarle en sus periódicos. Comiendo un dia en casa de Santerre, Dubois-Crancé, militar y jacobino muy popular, amigo de Marat, se atrevió á insultar al vencedor de Jemmapes, y hasta á amenazarle con un ademán. Dumouriez se levantó de la mesa, empuñó su sable y arrojó, á pesar de su pequeña estatura, la talla colosal y el brazo levantado de Dubois-Crancé. Los convidados corrieron á ponerse en medio de los dos militares, y evitaron que se mezclase la sangre con la injuria.

Sin embargo, indignado el general, pensaba ya en la venganza. Encerrado y pretextando una enfermedad en su aislado retiro de Clichy durante los dias que precedieron y siguieron al suplicio del rey, no vió á nadie, excepto á sus tres confidentes, Westermann, Lacroix y Danton. Pasó aquellos aciagos dias en meditar su plan militar para la conquista de Holanda, y su designio político para dominar y refrenar la revolucion. Westermann, amenazado con la venganza de Marat, á quien se habia atrevido á castigar en el Puente Nuevo, sonreía de antemano al pensar en la humillacion de aquellos demagogos ante el sable de un ejército victorioso. Danton animaba ocultamente aquellas esperanzas de los militares, y tenía fe en una lucha desesperada entre la revolucion y los tronos. Creía que era necesario fascinar con la gloria militar los ojos del pueblo, incapaz aún de comprender la gloria filosófica de la revolucion. Por todas estas razones adhería su inteligencia, su corazon y su ambicion á la futura grandeza de Dumouriez, á la que se unía Lacroix por su desmedido deseo de hacer fortuna.

V

El plan militar unido á la conspiracion política de Dumouriez se fundaba en las siguientes combinaciones: avanzar desde Amberes con veinticinco mil hombres

hacia el centro de Holanda, hasta el canal de Moerdyk, brazo de mar que cubre el Haya, Rotterdam y Harlem, y que, una vez pasado, inutiliza todas las plazas fuertes que defienden aquellas ricas comarcas; hacer un llamamiento al sentimiento republicano de los batavos, y restituir el imperio á los enemigos de la casa de Orange y á los numerosos proscritos á quienes la última tentativa de revolucion contra el stathouder habia hecho acogerse á las banderas francesas. La legion batava y dos mil hombres llamados á Amberes formarian la vanguardia de aquella expedicion libertadora. Concluida la conquista, Dumouriez separaria de su ejército todos los batallones de voluntarios, cuya presencia contrariaba sus designios, y sólo conservaria en Holanda las tropas de línea más dóciles á su voluntad y los generales adictos á sus miras. Sacaria treinta mil soldados en Bélgica y treinta mil en Holanda, reuniendo de este modo un ejército independiente y, por decirlo así, personal bajo su mando. Armaria las plazas y la flota del Texel, convocaria los representantes de las dos naciones, á los belgas en Gante y á los batavos en el Haya; los constituiria bajo la proteccion de su ejército en dos repúblicas aliadas, pero independientes la una de la otra; declararia la neutralidad con Inglaterra, haria una tregua con el imperio, y marcharia sobre Paris á la cabeza de aquel ejército combinado para regularizar la república. Dumouriez, como aventurero confiado, dejaba á la casualidad el último resultado de esta conspiracion militar. ¿Sería su dictadura? ¿Sería el triunvirato con Danton? ¿Sería la monarquía constitucional de 89, con el duque de Chartres por rey? En fin, ¿el protectorado perpetuo de Holanda y de Bélgica en su persona? Y de los fragmentos de tantos tronos, ¿pensaria en construir uno para sí, con el título de duque de Brabante? No lo decia ni lo sabia, porque jamás hombre alguno comprendió mejor la inmensa parte que es necesario dejar al destino en los planes de los hombres.

Con aquella rapidez de movimiento que igualaba á la de sus concepciones, Dumouriez llegó á Bruselas, lanzó sus columnas, asombró á Holanda, se apoderó de Breda y de Gertruydenberg, llegó casi sin resistencia al Moerdyk, formó una flotilla para derribarle, y tocaba á la primera parte del objeto de su plan ántes que la lentitud holandesa se hubiese movido para oponer ninguna masa fuerte contra doce mil hombres con que intentaba trastornar un Estado. La situacion de los ánimos en Holanda combatia en su favor. Los holandeses, nacion germánica modificada por el contacto con la mar, participan á la vez del carácter aleman y del inglés. Sesudos como los unos, libres como los otros, parece que la mar inspira á las naciones que la habitan el sentimiento y la voluntad de la libertad. El Océano, cuya vista emancipa los sentimientos, parece emancipar también á los pueblos. Obligados los holandeses, por decirlo así, á construirse un suelo artificial, á ensanchar su imperio con la marina, á enriquecerle con el comercio, y á completarle á largas distancias por medio de colonias en las Indias Orientales, habian sacudido la tiranía española en tiempo de Felipe II con la espada de la casa de Orange. La independencia de las Provincias Unidas habia coronado con el título de stathouder á sus libertadores. República federativa bajo esta autoridad hereditaria, rica, feudal, amada y poderosa por sí misma, las grandes luchas entre ella y la confederacion habian agitado recientemente aquella constitucion, cuyos miembros eran republicanos y cuya cabeza era monárquica.

Mientras de este modo marchaba Dumouriez hacia el Haya y Amsterdam, vino

á desconcertar sus planes una orden de la Convencion. El príncipe de Coburgo habia reunido su ejército en Colonia, destrozado en todas partes al ejército frances, hecho levantar el sitio de Maestricht, y se adelantaba á la cabeza de sesenta mil hombres para reconquistar á Bélgica. Desmoralizados por sus reveses y odiosos ya por sus desórdenes al pueblo belga, los soldados franceses desertaban en masa; más de diez mil voluntarios volvieron á entrar á bandadas en el departamento del Norte. Las tropas acampadas delante de Louvain perdieron sus tiendas, sus equipajes y su artillería. Ninguno de los generales que las mandaban tenia bastante prestigio y autoridad para contener ó dirigir una retirada que amenazaba transformarse en derrota. Sólo Dumouriez podia volver á mandar aquel ejército y atraer la fortuna, que su ausencia habia dejado huir. Corrió á Louvain, irritado con aquel principio de desgracia, y manifestó con afectacion por todo el camino reconvencciones, invectivas y casi amenazas contra los agentes de la Convencion, á quienes atribuia nuestros desastres, exagerándolos. Hubiera podido decirse que se esforzaba en hacer presentir á los belgas y á sus propios soldados la posibilidad próxima de una revolucion armada contra los procónsules de

Bélgica y contra los tiranos de Paris. Sembraba en su marcha la murmuracion, el desprecio y la indignacion contra ellos. Promovia la sedicion de palabra ántes de intentarla de hecho.

Viendo llegar la crisis, Danton y Lacroix habian vuelto á Paris, con objeto de ate-



Toma de los reductos de Cuesmes.—Pág. 369.

nuar el choque que se preparaba entre el general y la Convencion. Los comisarios Camus, Merlin de Douai, Treillard y Gossuin se habian retirado á Lille con las bandas de los desertores del ejército, para detenerlos y reorganizarlos al abrigo de los muros de la ciudad. Fueron á encontrar al general en jefe á Louvain, le reconviniéron por las disposiciones administrativas que se habia atrevido á adoptar en Bruselas, y entre otras la de que se restituyese la plata á las iglesias. Dumouriez, como jefe responsable sólo á Francia y á la posteridad, y no á la Convencion, dijo á Camus, jansenista austero, que reunia la supersticion más exaltada al jacobinismo más inflexible: «Id á ver en las catedrales de Bélgica las hostias pisoteadas y esparcidas sobre el pavimento de las iglesias, los tabernáculos, los confesonarios rotos y los cuadros destrozados. Si la Convencion aplaude tales crímenes, si no los castiga, el descrédito caerá sobre ella y sobre mi desgraciada patria. Sabed que si fuese necesario cometer un solo crimen para salvarla, yo no le cometería. Este estado de cosas deshonor á Francia, y estoy resuelto á salvarla». Los comisionados, atónitos al ver tal audacia, principiaron á creer los sordos rumores que acusaban á Dumouriez de querer levantar un poder contra otro. «General,—le dijo Camus, que aún no se atrevia á mirar sus sospechas como crímenes,—se os acusa de aspirar al papel de César. Si yo estuviese seguro de ello, yo sería Bruto y os daría de puñaladas.» Dumouriez, que se habia descubierto demasiado, llamó á su socorro aquella ligereza de actitud y aquella ironía que servían de velo á su disimulo. «Mi querido Camus,—respondió,—yo no soy César, y vos no sois Bruto, y la amenaza de morir por vuestra mano me asegura la inmortalidad.» Al separarse de los comisionados, el general escribió á la Convencion una amenazadora carta en la que le acriminaba con insolencia la desnudez del ejército, las depredaciones de sus agentes, la reunion impolítica de Bélgica á Francia, las profanaciones, los sacrilegios, las rapiñas que marcaban los pasos de nuestros ejércitos en un país amigo, y le hacía responsable de los desastres de Aix-la-Chapelle, de Lieja y Maestricht. Exageraba aquéllos para hacer más duras sus recriminaciones. Sólo dejaba de acusar al general Beurnonville, su discípulo y amigo.

Acababa éste de reemplazar á Pache en el ministerio de la Guerra. Beurnonville, á quien Dumouriez llamaba su Ajax, habia sido nombrado por la influencia y la indicacion de Danton. Dumouriez concluía su oficio presentando su dimision, de la cual hablaba con frecuencia como un reto que hacía á sus enemigos. La Convencion sabía bien que la confianza y el afecto de las tropas no aceptarían nunca otro general.

VI

Se llenó de gozo el ejército al ver de nuevo á su jefe, creyendo encontrar en él la victoria. Dumouriez trató á los oficiales y á los soldados como un padre que halla á sus hijos. La marcial severidad de sus reprensiones no hizo más que añadir respeto al entusiasmo que sabía inspirar. El ejército contaba aún cuarenta mil hombres de veterana y sólida infantería, y cinco mil de caballería, de aquellos valientes regimientos que habia adquirido cada uno un nombre célebre en la guerra en el antiguo ejército. Contaba además con sus flancos, con su línea de operaciones, con las guarniciones de Bélgica, y el cuerpo destacado que invadía á Holanda,

que reunidos formaban cerca de otros cuarenta mil combatientes. De los cuarenta mil hombres que tenia á la vista Dumouriez, dió diez y ocho batallones á la derecha al general Valence, otros tantos al duque de Chartres en el centro, é igual número á Miranda á la izquierda, una reserva de ocho batallones de granaderos al general Chancel, y una fuerte vanguardia de seis mil hombres al anciano general Lamarche, antiguo coronel de húsares, que conservaba á pesar de sus cabellos blancos el entusiasmo de su juventud. El 16 de Marzo atacó Dumouriez á los austriacos en Tirlemont, obligándoles á replegarse.

El príncipe de Coburgo, que diariamente recibía nuevos refuerzos y desplegaba más de sesenta mil combatientes bajo sus órdenes, habia concentrado su ejército entre Tongres y Saint-Tron. Las tres poblaciones de Nerwinde, Oberwinde y Middlewinde habian sido abandonadas por el general austriaco como campo de batalla y premio de la victoria entre los dos ejércitos. Dumouriez formó el suyo en muchas columnas, tres á la derecha al mando del general Valence, para cercar la izquierda de los austriacos y amenazar á Saint-Tron; dos en el centro á las órdenes del duque de Chartres, que mandaba también la reserva, y tres á la izquierda bajo la direccion del general Miranda. Dió la señal del ataque general el 18 al salir el sol. Sus columnas de la derecha se adelantaron sin obstáculo hasta la altura de Saint-Tron; pero rechazadas despues por las masas de caballería, volvieron á apoyarse sobre la infantería del centro. El duque de Chartres tomó dos veces la villa de Nerwinde, pero la abandonó la tercera, despues de haber visto caer á su lado á su mejor segundo, el general Desforests. Dumouriez volvió á tomar por cuarta vez aquella aldea, sacrificando algunas columnas de infantería. El ímpetu de las masas austriacas le obligó á evacuarla de nuevo. Reunidas por el duque de Chartres y por el general en jefe á cien pasos del pueblo la caballería y la infantería del centro y de la derecha, recibieron muchas veces la carga de quince mil hombres de caballería austriaca. Valence, batiéndose como soldado, recibió un sablazo y le alejaron del campo de batalla. Thouvenot, haciendo abrir las filas para dejar pasar los escuadrones, descubrió los cañones cargados á metralla y rechazó aquella mutilada caballería. De este modo, la batalla parecía ganada ó indecisa delante de Nerwinde, en la derecha y en el centro de los franceses.

Pero la izquierda, compuesta de voluntarios y mandada por Miranda, desmayó, despues de haber perdido la mayor parte de sus generales y de sus oficiales, víctimas del fuego de la artillería. Miranda, sin advertir al general en jefe, se retiró con su division más de dos leguas á la espalda de la línea de batalla. La izquierda del ejército, que era el eje de toda la accion en el plan de Dumouriez, habiendo flaqueado en el centro y en la derecha, imposibilitaba practicar el movimiento sobre Nerwinde y Saint-Tron; el ejército carecia ya de base. Observando Dumouriez por la tarde que algunas masas de infantería y caballería se dirigian de la derecha á la izquierda del príncipe de Coburgo, principió á sospechar la catástrofe ó la defeccion de Miranda. Dejando á su confidente Thouvenot para vigilar el centro y la derecha, corrió casi solo al galope hácia las posiciones que habia señalado á Miranda. Las encontró abandonadas por sus tropas, ocupadas por Clairfayt, y logró librarse de los húsares austriacos por la ligereza de su caballo. Continuando en busca de su ala izquierda, que iba en retirada por caminos extraviados, solo, en medio de la noche, admirado de aquel silencio y de aquella soledad,

encontró á las puertas de Tirlémont algunos batallones de voluntarios, sin artillería ni caballería, á los lados del camino real.

Estos fugitivos le anunciaron la pérdida de tres mil de sus compañeros que habian quedado en el campo de batalla. El general, admirado de la actitud inmóvil é indiferente de Miranda en Tirlémont, le hizo severas reconvenciones y pasó la noche dando órdenes de retirada al duque de Chartres y á Valence. Estos dos cuerpos tenian ya tres generales y dos mil hombres muertos, bastante artillería perdida y seis mil voluntarios desbandados huyendo hácia Louvain.

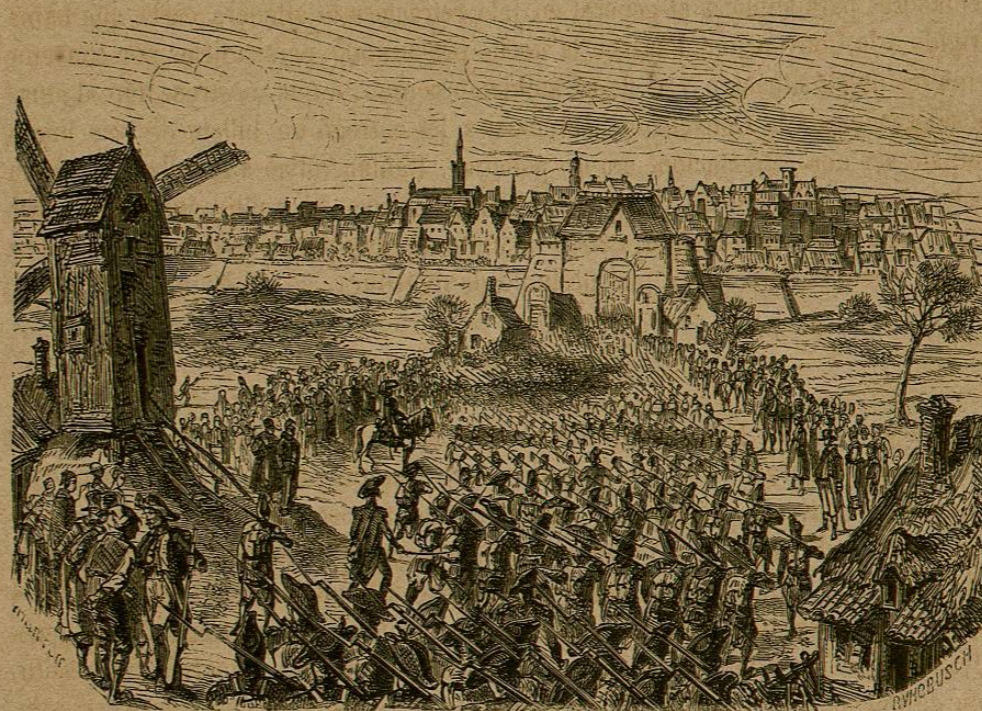
Danton y Lacroix, con la noticia de la derrota, llegaron á Louvain en el momento en que Dumouriez entraba vencido en esta ciudad. Iban desde Paris como mediadores para suplicar al general en jefe retractase la altanera carta que habia dirigido á la Convencion. Pasaron la noche procurando persuadirle, por convenir al interes de su situacion y al de su ambicion comun, á que mostrase aún algunas consideraciones á la Convencion. Dumouriez les entregó un billete de seis líneas que, sin ser una retractacion, era un paliativo. Danton volvió á marchar la misma noche, conociendo que se debilitaba el prestigio que su política adquiria sobre Dumouriez, y comprendiendo, con el instinto seguro pero rápido de que estaba dotado, que una derrota era mal preludio de dictadura.

VII

Apénas regresó Danton, cuando el coronel Mack, jefe de estado mayor del príncipe de Coburgo, entró en Louvain como parlamentario, y arregló con Dumouriez un convenio secreto que marcaba paso á paso las marchas de los dos ejércitos hasta Bruselas. Los imperiales debian respetar la retirada de los franceses, y limitar sus hostilidades á aquellos encuentros insignificantes de vanguardias y retaguardias, necesarios sólo para ocultar á las tropas la connivencia de los generales. A pesar de estas precauciones, que aseguraban á los imperiales la restitucion de Bélgica y á Dumouriez la seguridad de su retirada, la de Louvain se cambió en derrota para los franceses. Con dificultad Dumouriez, que no se atrevió á resistir en Bruselas con un ejército desbandado, consiguió formar con la guarnicion de aquella capital y con sus mejores regimientos una retaguardia sólida de cerca de quince mil hombres, para cubrir la marcha de los restos de su ejército hácia Francia. Hizo arrestar al general Miranda y le envió á Paris, por órden de la Convencion, como víctima expiatoria de los desastres experimentados.

Aquel mismo día se celebró en Ath la última y fatal conferencia entre el coronel Mack y Dumouriez. El duque de Chartres, el coronel Montjoie y el general Valence concurren á ella. Estaba en el ejército el partido de Orleans entero, y asistia, representado por sus primeros hombres, al acto que debia derribar la república y colocar por mano del pueblo y de los soldados la corona constitucional sobre la frente de un príncipe de aquella casa. Dumouriez olvidaba que una corona levantada del suelo en la defeccion, en medio de una derrota, sostenida por los austriacos y por un general traidor á su patria, no podia de ningun modo conservarse en las sienas de un rey. Mientras Dumouriez marchase hácia Paris para derribar la Constitucion, los austriacos avanzarian como auxiliares en el territorio francés y se apoderarian de Condé como garantía.

En aquel convenio secreto, la demencia rivalizaba con la traicion. Dumouriez, que creia pasar el Rubicon y que tenia siempre á César delante de los ojos, se olvidaba de que César no habia conducido los galos á Roma. Hacer tomar partido á su ejército en uno de los bandos que dividian la república, despues de haber vencido al extranjero y asegurado las fronteras, marchar sobre Paris y apoderarse de la dictadura, era uno de esos atentados políticos que la libertad no perdona, pero que el buen éxito y la gloria excusan algunas veces en circunstancias muy críticas; mas entregar su ejército, abrir sus plazas fuertes al imperio, guiar él mismo contra su país las legiones enemigas que su patria le habia encargado combatir, é imponer con la ayuda del extranjero un gobierno á su país, era tras-



Entrada del ejército francés en Mons.—Pág. 373.

pasar mil veces los errores de los emigrados, porque éstos no eran más que tráfugas, y los confederados de Ath eran traidores.

En consecuencia de esta reunion nocturna, Dumouriez fué á Tournay con su estado mayor, reunió en torno suyo seis mil hombres de caballería, los más adictos á su persona, distribuyó en las plazas fuertes inmediatas á Lille, Valenciennes y Condé, como en los campamentos de Maulde y de Saint-Amand, los generales y las tropas á quienes más fácilmente creia seducir, y lo preparó todo para la gran perfidia con que queria admirar á Europa y anonadar la Convencion.

A pesar de todo, como tenia á la vez que ocultar su designio y revelarle á medias para preparar el ánimo de las tropas, el sordo murmullo de la traicion que meditaba se extendió alrededor de él, y se difundió hasta Paris el vago presentimiento de algun gran crimen. Danton y Lacroix se mantenian inmóviles y aparentaban desconfiar de un general á quien habian visto tan orgulloso é irritado. Los girondinos, enemigos del nombre de Orleans, denunciaban á la sospecha un general en cuyo estado mayor habia dos príncipes de aquella casa; hacian ademas observar